

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

Un regionalismo aceptable.--Política agraria.

El desconcierto de nuestra vida política y las fuertes sacudidas del trastorno mundial, que tan hondamente repercuten en nuestra querida Patria, van sustituyendo la pasión de partido por el sentimiento de política regional y gremial.

De ahí las corrientes de representación por regiones y gremios.

No podemos dar acogida a ese regionalismo, que consiste: en levantarse plataformas políticas y en el que únicamente se mira al medro personal o se antepone éste a todo otro interés noble y provechoso para el bien común; no admitimos tampoco ese regionalismo retrógrado que, apartando la mirada de la historia de la civilización, se estanca en los tiempos protohistóricos en los que, como el pueblo fenicio, no admite más estado que la ciudad o, dando un paso más, la región; no aceptamos, finalmente, ese regionalismo disolvente que arrebata a España un pedazo de su suelo.

Nosotros hacemos un culto de ese santo regionalismo que, redimiendo y engrandeciendo un pueblo, redime y engrandece su Patria y el conjunto de todas las naciones del mundo; del que hace prosperar las fuentes de riqueza de su región, y elige sus representantes a aquellos que conocen las necesidades de la misma y acuden presurosos a remediarlas, a los que posponen todo programa partidista ante el bienestar de su pueblo, y todo interés particular al bien común.

Somos partidarios de un partido regionalista noble y desinteresado, no de la facción regionalista integrada por mercaderes políticos.

**

Concretándonos a nuestra región querida, damos pruebas de ese regionalismo aceptable, sorteando dificultades mil, y haciendo frente al formidable escollo de la apatía de nuestros paisanos, causa primordial del lamentable estado de nuestra región y del que sin sacudir aquella no tienen derecho a quejarse de las calamidades que sufren.

El programa a seguir por los regionalistas de buena voluntad, en las elecciones que dentro de horas se han de celebrar está bien claro, después de lo que antecede.

Deben votar a los hijos de la provincia o de la región, nadie mejor que éstos saben sus necesidades, nadie mejor que ellos pedirán insistentemente su remedio en las Cortes si no quieren merecer la execración de los suyos y el dictado de hijos espúreos.

Nuestra fuente de riqueza es la agricultura, por culpa de nuestros gobiernos no tan próspera como debiera.

Si hacemos aplicación de la política gremial, que más arriba mencionamos, se verá con luz meridiana la imperiosa necesidad de que se preocupen nuestros agricultores manchegos de prestar su concurso a los que comprendan hayan de hacer política agraria, que es la que nos interesa, porque será la que nos redima, y no política de campanario, que es nuestra ruina y la causa de nuestra decadencia en todos los órdenes de la vida.

Es considerable el número de provincias cuyas Sociedades agrarias están haciendo una hermosa campaña electoral y han presentado la batalla al mayor enemigo de nuestra patria, a ese nefando y odioso monstruo, llamado caciquismo, como de los males que afligen a nuestra nación.

Un gran partido agrario (ya iniciado por un hijo de Ciudad Real), en el que se unan y se constituyan en gremio todos los representantes de la Agricultura nacional, para la defensa y prosperidad de nuestra primera y casi única fuente de riqueza, es lo que reclaman las corrientes de progreso que tan visibles se hacen, tanto se predicán con el lema: *renovación*.

Pero ésta, en lo que a nosotros concierne, no la pueden hacer sino sus hijos, los que, al defender los intereses de la Región, defenderán la Agricultura, y con esto habrán prestado el mejor servicio a su distrito, a su Región y a su Patria única, España.

A LA JUVENTUD CASTELLANA

Los años que pasan, el tiempo que transcurre, marca un nuevo derrotero en las costumbres y en los ideales de la humanidad. Aquellos tiempos, en que las gentes por incultura o por egoísmo se preocupaban poco de los asuntos de la Nación y era frase común «La política para los políticos», han quedado relegados por el olvido.

Hoy, la mayoría, por no decir todos los ciudadanos, tienen un ideal con respecto a su patria: se interesan más o menos del estado, de la marcha de la misma: sienten la política, en una palabra.

Y, los primeros en sentir ese ideal, los que con más pureza le practican, los que con más entusiasmo le propagan y defienden, son sin duda alguna los elementos jóvenes.

Pruébalo sino el que la mayoría de los partidos políticos hoy existentes cuentan con sus juventudes, que son, si no la base, un muy firme y esencial sostén de dichos partidos.

Nosotros, un grupo idealista de jóvenes burgaleses, cuando por nuestra edad empezamos a comprender y a saber algo, cuando entramos de lleno en la vida, quisimos que el primero de nuestros recuerdos, que la primera de nuestras miradas, fuesen para la segunda de nuestras madres, para la patria, para España. Y a España dedicamos ese recuerdo, adornado con el tesoro de nuestras juveniles ilusiones y a España dirigimos la mejor de nuestras miradas y la más amorosa de nuestras sonrisas.

¿Y cómo no había de ser así, si en la escuela, en el colegio, habíamos aprendido que España era una nación grande, potente, culta, que sus hijos eran los más valientes, justicieros e hidalgos del mundo, que todas sus regiones eran fecundas, prósperas, y que, sobre todo, una de ellas, Castilla, era digna de admiración eterna porque había sido

madre de los más ilustres héroes, de los más rectos jueces, de las mejores industrias y mantenedora perenne de los principios de la civilización?

¿Cómo, sabiendo todo esto, podíamos haber dejado de sonreír, de tener ilusiones, de sentirnos orgullosos de nuestra patria, y más aún de nuestra región, que había sido su brazo derecho?

Pero, ¡ah!, la triste realidad fué la encargada de destrozar nuestras ilusiones, nuestros sueños, nuestra quimera.

Miramos a la España, a la Castilla de nuestra imaginación, y no la vemos.

Vimos tan solo que a un cuerpo viejo, decrepito, lacerado por el dolor y embrutecido, le llamaban España y que este cuerpo estaba dividido no en regiones, sino en podridos y repugnantes cacicatos, donde no había más industria floreciente que el comercio de las conciencias, ni más civilización que el sonido del oro.

Y en lugar de Castilla vimos un esqueleto formado por unos cuantos monumentos antiguos y en torno suyo la materia toda pobre y herrumbre y gusanera.

Y enmudecimos, hasta que un alma buena nos dió explicación de lo que habíamos visto: nos habló de los grandes caciques, de Cuba, etc., y así nos supo quitar la venda de los ojos y nos hizo comprender la verdad de su amarga frase: *España es hoy un Cuba permanente.*

Y ante todo esto, ante el desengaño sufrido, una honda pena sentimos en el alma y lloramos. Pero ¿por qué llorar?, dijimos después. No somos viejos, tenemos un corazón joven, brioso. ¡Dejemos, pues, el llanto! ¡Busquemos la lucha! y.... ¡Resistamos! ¡Resistamos para impedir que Castilla, para impedir que España, se hunda para siempre.

Y quisimos ante todo buscar una luz, una per-

sona ya conocedora de la vida que, sintiendo nuestro ideal, fuese el jefe, el alma de nuestras luchas, de nuestras batallas de reivindicación. Y miramos hacia los partidos políticos, cerca, muy cerca, uno por uno y persona por persona; todos desfilaron ante nosotros, conservadores, liberales, republicanos, etc....., y..... un nuevo desencanto sentimos en el alma: los escándalos diarios, los continuos actos de caciquismo que vimos, nos demostraron que en esos partidos estaba el comercio de conciencias, la herrumbre, la podre. Y, asqueados, nos alejamos de ellos con la desesperación en el alma.

Mas una luz se hizo en las tinieblas: un partido nuevo, vigoroso, radiante de vida, nació ante nuestros ojos. Esperanzados acudimos a él y una gran dicha inundó nuestros corazones. Era el partido «regionalista», el que nosotros buscábamos, porque si la rebeldía, la separación del caciquismo, el amor a Castilla, el amor a España, el resurgimiento de ambas favoreciendo sus industrias, explotando sus riquezas, aumentando su cultura, rompiendo las cadenas opresoras de los grandes caciques....., si todo eso era el lema del ideal regionalista y del nuestro también, ¿cómo no ser «regionalistas»?

Y a ese partido fuimos; en él nos recibieron con los brazos abiertos, y uniéndonos a él y uniéndose a nosotros hicimos nuestra patriótica comunión de ideales. Y hasta el logro de los mismos seguiremos en él.

¡Oidnos, jóvenes castellanos! Quizás el mismo desencanto os ha tronchado como a nosotros las mismas ilusiones; pero no desfallezcáis: tened en cuenta que esto que leéis no es un manifiesto escrito por la pasión política, sino, por desgracia, el propio retrato de nuestra Castilla, de nuestra España.

Pensad que sois los hombres del mañana y que bajo las cenizas de Castilla aún queda rescoldo que con vuestro aliento, con vuestro amor, con vuestra energía, puede reproducir la antigua hoguera. ¡Uníos, pues! Y si amais a Castilla, si lleváis grabada en vuestro corazón toda su historia; pero basta..... Hemos hecho mal en dudar de vuestro amor al terruño; sabemos que la mayo-

ría de vosotros sentís nuestros ideales; ¡venid, pues!, ¡sed «regionalistas»! y honrarei a vuestras región. Con los abrazos abiertos nos recibieron a nosotros y de igual forma os esperamos para realzar con vosotros una comunión de ideales, y así, todos juntos, lucharemos y nuestra juventud, nuestra energía indomable, harán que vuelva a correr otra vez una sangre vigorosa, fecunda, por las arterias de nuestra vieja Castilla.

LA JUVENTUD REGIONALISTA

Castilla y Cervantes.

Muchos son los timbres de gloria, de grandeza, de orgullo y de celebridad que Castilla puede poner ante los ojos de la Historia, para herirlos en el reflejo de los potentes y abrasadores rayos que, por los ámbitos del planeta, alumbran las hazañas de sus pasados tiempos.

De señalado laurel son para Castilla los épicos hechos del Cid Campeador, el héroe legendario de los castellanos, y la epopeya del descubrimiento de América, en que Castilla (después de haber expulsado a los moros del suelo patrio), sacó del seno de los mares, de los dominios de Neptuno, un Nuevo Mundo a la luz de la vida, al concierto de las naciones, a la inteligencia de los pueblos.

Y si esto no bastara, para con justo motivo llenarse de gloria, sería suficiente para sustentarla, haber sido cuna del Príncipe de los Ingenios españoles, del gran Cervantes, del que dejó tan señalada estela en el piélago de la Literatura, y su época Siglo de Oro, que podemos decir marcó el camino para el templo de Minerva, dando a España tan señalado orgullo como Shakespeare legó a Inglaterra.

¡Loor a Castilla y a Cervantes!

MARIO ALVAREZ.

Turleque, Mayo 1919.



Royo Villanova en Guadalajara.

Una conferencia interesante.

El ilustre Catedrático y ex Director general de primera enseñanza, que tanto se distingue por los bríos con que defiende la integridad nacional de España, sabiendo desenmascarar, como pocos políticos, a ese catalanismo separatista de Prat de la Riba y sucesores, pronunció una conferencia muy documentada y amena, como todas las suyas, pues ya de por sí tiene amenidad y belleza la claridad con que emite los conceptos y esa sinceridad de aragonés de pura cepa y de castellano a carta cabal.

Los salones de «Nueva Peña», sociedad constituida especialmente por el elemento militar de ingenieros, estaban rebosantes de público.

Los *catalanistas*—comenzó diciendo—que no son precisamente los catalanes, han venido sistemáticamente desacreditando el poder central, el Estado español y ellos son los que han precipitado el estado anárquico que se observa en la Ciudad Condal, ciudad que no representa el sentir del resto de Cataluña, sino eminentemente los manejos de la Lliga.

Prat de la Riba, en su hispanofobia, decía que los catalanes pedían su autonomía completa, no porque quisieran ser mejor gobernados, sino porque querían gobernarse así mismos y no por otra nación. «Los catalanes son catalanes y nada más que catalanes». Incongruencias y audacias son las que manifiesta ese retrógrado catalanismo—continuaba diciendo el conferenciante—. Es una incongruencia que esos sucesores de Prat y representantes del catalanismo quieran que España, con su indudable prestigio de nación, les represente en el extranjero y en la Liga de las naciones. ¿No son

una nación, según ellos? ¡Pues que aparezcan en todos los casos como tal!

El catalanismo separatista actual no se ha sentido nunca antes, y en demostración de ello, hizo el Sr. Royo referencias históricas convincentes.

Lo catalán, en cuanto es representación de un regionalismo sano, dentro de la unidad España indestructible, manifestó el conferenciante que tiene todas sus simpatías, como las tiene el regionalismo de Asturias, de Galicia o de Castilla. Hay que cultivar la variedad dentro de la unidad, pues ello responde a ideales históricos de conveniencia colectiva y de belleza; pero ese catalanismo separatista que pretende la dualidad de estados es imposible, al menos amigablemente, como pretenden los actuales leaders del catalanismo, y, si se verificase, sólo con sangre se puede verificar tal separación del cuerpo robusto de la matrona española. Ya lo dijo D. Antonio Maura con frase bella, utilizando el mismo símil que Prat de la Riba.

Castilla, cuna del idioma que España difundió por América, y el cual es uno de los principales del mundo, saluda y quiere a su hermana Cataluña, porque con ella y las demás regiones forma España, que es uno de los Estados de mayor espléndido porvenir de la tierra, por su envidiable situación geográfica, por las riquezas múltiples y abundantes de su subsuelo y de su suelo, cuyos varios productos agrícolas la hacen uno de los países más completos en primeras materias, además de ser, por sus riquezas históricas y artísticas, un bellissimo país-museo y de tener una raza pujante que sabrá ponerla en el lugar que merece.

A. B. R.

Guadalajara 1919.

M A D R I D

L A G L O R I A

Fué en una de las Exposiciones Caninas, bajo los castaños de Indias y los álamos del Retiro. Escuchábamos a la banda del Asilo de la Paloma las notas dulces, sentimentales, de «La Canción del olvido». Y nos acordábamos de aquellos días, un poco lejanos ya, en que Alvarez Arranz, el queridísimo amigo, era concejal delegado del Ayuntamiento en aquellas escuelas y talleres de Nuestra Señora de la Paloma, que son de lo mejor que tiene el Municipio madrileño.

Al terminar el número musical, preguntamos a uno de los artistas asilados:

—Oye, ¿qué es de Paquito García Pancorbo?

Paquito García Pancorbo era un inteligente muchacho que poseía un don singular, sorprendente: el de domesticar pájaros. Los educaba tan hábilmente, que obedecían a su palabra. Volaban a placer de rama en rama en los árboles, y cuando los llamaba Pancorbo, acudían sumisos a sus manos, a sus hombros, alrededor de él, y penetraban en la jaula que les presentaba. Nosotros quedamos encantados de aquello y dedicamos una crónica al extraordinario niño. Nuestro artículo conmovió a muchas personas caritativas de toda España y recibimos donativos importantes, que transmitimos al niño, abriéndole una cartilla en el Monte de Piedad.

Pancorbo tenía la ilusión de una bicicleta, y un ser generoso, que guardó el anónimo, le envió por nuestro conducto una magnífica. ¿Qué sería de Pancorbo? De aquí nuestra interrogación al asilado de la Paloma.

—¿Quiere usted saber lo que hace Pancorbo?—nos preguntó a su vez el simpático artista.

—Sí. ¿Dónde está? ¿A qué se dedica?

El pequeño músico se estremeció; nos contempló fijamente, notamos que palpité con fuerza, como si se representara en la mente al antiguo educador de gorriones y jilgueros. En el acento de sus palabras advertimos que admiraba con toda

su alma ingenua a Paquito García Pancorbo, que envidiaba profundamente su suerte. Sus palabras fueron éstas:

—Pancorbo es (y se llenó la boca diciéndolo), es.... nada menos que torero. El domingo toreó en la plaza de de Tetuán....

Algo parecido nos sucedió una noche calurosa de Julio en la verbena de Santiago de la Villa y Corte. Estábamos en un circo ambulante de lona y de tablas, departiendo a la luz de la luna y de las estrellas con la «Baturrica», intrépida domadora de leones, y un sujeto que se acercó a referir sus andanzas por Africa, sus aventuras, reales o fantásticas, en cacerías de fieras, para darse tono, exclamó en un inciso de su discurso de charlatán de plazuela:

—Yo.... no soy cualquier cosa, yo pude ser....

¿Qué hubiera podido ser aquel hombre que surgió en el nocturno verbenero como un fantasma y comenzó a relatar episodios de su vida andariega ante la media docena de personas que le oíamos? ¿Nos encontrábamos al pie de un gran artista fracasado, de un ex reyezuelo de un país desconocido del continente africano, de un inventor prodigioso, del prometido de una multimillonaria yanqui?

—¿Qué pudo usted ser, señor?—preguntamos, intrigados, al individuo de referencia.

—Pues.... puede ser.... Míreme, caballero, nos dijo, queriéndonos decir que le admiráramos....

—¿Qué?

—Pues.... torero.

Decididamente, a pesar de las campañas, tan dignas de aplauso, de Eugenio Noel, eso de ser torero constituye la más alta gloria.

ALBERTO DE SEGOVIA

Madrid.



PAGINAS LITERARIAS

EL VIEJO MOLINO

A la vera del río rumoroso, hay tres cosas venerables. Un pino centenario, el viejo molino y el anciano molinero, que es una casa más del paisaje todo verdor—praderas y arbolado—bajo un cielo radiante de luz.

Molino, árbol y hombre, son amigos del alma, leales amigos, que casi a un tiempo supieron de la vida, al nacer en una proximidad fraternal, y las grietas que deforman la encalada blancura de las paredes del molino, las hondas cicatrices que surcan la piel del árbol y las arrugas grises en el rostro quemado del molinero, huellas, son en los tres, de vida, páginas, que el dolor fué escribiendo con la ayuda del tiempo.

Dolor de vivir; que la vida es una gran laguna, en la que, bajo la transparencia de las aguas tranquilas y azules—alegrías y esperanzas—hay siempre, con toda la fatalidad de lo inexorable, el peso compacto del dolor, el sedimento de las tristezas cotidianas.

Y, el pino, patriarca del valle, gigantesco y prócer, fuerte y fecundo, ha ido aprendiendo cada día de esa larga centuria que lleva vivida la ciencia del dolor.

Porque cuando su cuerpo era tierna promesa de su fortaleza de hoy, los rebaños trashumantes hincaron sus dientes insaciables en los retoños saturados de vida.

Y, más tarde, el hacha clandestina y feroz, cercenó sus ramas y la mano codiciosa le robó sus

frutos, y el torbellino de las especulaciones industriales, se adueñó de su savia, sangrando en una sangría lenta y martirizadora, su robusto cuerpo de gigante.

Y, el molino, blanco molino, como paloma posada en la margen del río, también supo del dolor cruel de irse haciendo viejo y sentir que sus recias paredes se cuarteaban y el viejo tejado, bajo las lluvias invernizas, iba rindiéndose a la fuerza arrolladora y cedía en su fortaleza, para ir dejando pasar por entre sus tejas roídas, menudas gotas de agua que al caer en la ancha nave, semejaban lágrimas de unos ojos cansados de vivir.

Pero, nada era esta tristeza—que es ley de la vida—para el viejo molino, mientras su molinero cantaba al pie de la aceña, y trajinaba en la muela y antes que el sol luciera ya iba llenando los hondos sacos de blancas harinas y de rubios salvados.

La tristeza que abatió el molino y secó el corazón del viejo molinero, y puso en torno a la casa un silencio de muerte y renunciación, fué el día trágico en que los borriquillos, aquellos peludos borriquillos cachazudos y desmedrados que por la senda estrecha, a la orilla del río, llegaban cargados de los recios costales, en los que el trigo dorado cantaban la canción del pan y de la abundancia, pasaron de largo, senda empinada arriba, sin depositar su preciada carga en las panedas del molino.

¡Oh dolor de romperse la tradición! En proce-

sión inacabable pasaron de aquel día para siempre, sin detenerse, los arrieros crueles, y, ya nunca más supo el molinero de la alegría de voltear sus cansadas piedras.

Y el viejo molinero, apretando los puños y sintiendo en su boca todo el amargor de unas lágrimas que iban deslizándose por los surcos de sus mejillas, seguía con los ojos inyectados en sangre, la alegre caravana de las recuas, que iban allá, a la caída de la loma, al molino suave, a la absorbedora actividad de unas máquinas infernales, *que se movían solas*—cosa del demonio—y, en el estruendo de poleas y rodillos, correas y engranajes, devoraban en un día toda la carga de trigo que el viejo molinero recibía para trabajo de una quincena.

Cesó para siempre la alegre canción del agua del río, acometiendo loca la rueda trabajadora, que quedó como una rueca de leyenda quieta en su eje, y hoy ya, en vez del agua que antes hilaba en sus altos y piluetas bailando al pegajoso verdinque en lacias madejas, casi ha cubierto la perfecta curva de su cuerpo muerto.

Y a la vera del río, el viejo molinero sentado en la puerta del molino, ya sólo y con el frío que la soledad pone en las almas, lloraba desconsolado al considerar lo que él creía ingratitud de los hombres.....

JUAN LEIRADO

ADVERTENCIA

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no podemos sostener correspondencia sobre los trabajos que nos remitan.

Sería una labor abrumadora, para la que no disponemos de tiempo.

Tampoco devolveremos los originales.

DE CIUDAD REAL

A la Virgen del Prado

Leyenda sagrada.

Peregrino del mundo llego a tus lares,
embrazando la lira de mis amores,
para esparcir en torno de tus altares
la heredada semilla de mis mayores.

Es semilla que encierra cien embelesos;
cariños desgranados de corazones,
exudaciones de almas, sartas de besos,
y esencias de plegarias y bendiciones.

Repasando los Fastos... en son de ofrenda,
corro a henchir de tus hijos al vasto coro,
para libar las mieles de esa leyenda
que escribieron los siglos con tintas de oro.

Fué un día venturoso: en regio viaje
cruzadas esta tierra por sus honduras,
y al llegar a unos prados... sobre un ramaje...
en reina te erigiste de estas llanuras.

Y festejando el hecho las aldehuelas,
alegraron el prado los guitarrillos,
los crótalos alegres de las mozuelas
y el sonar de panderos y caramillos.

¡Lirio blanco del valle, flor inmarchita,
oasis misterioso de la llanada...
los labriegos te llaman... Cérea bendita:
los bardos castellanos... Musa sagrada!

Cuando amenazan males, siempre temidos,
o guerrear los pueblos con ruín encono...
todos vuelven los ojos enternecidos
al lugar donde esplende tu excelsa trono.

Centro de nuestras preces y nuestros ruegos...
elegiste a la Mancha... por protegerla...
tú vives en el alma de los manchegos
como en la grácil cosecha vive la perla.

Por eso en este día, santa Patrona,
desfilan por tu templo... sin vano alifio...
para darte en ofrenda magna corona...
tejida con las flores de su cariño.

JOAQUÍN AGUILERA

CASTILLA AGRARIA

Labradores y señoritos.

Quiero hacer una advertencia a mis lectores. Yo no soy periodista. No se me deben pedir primores de estilo, ni frases floridas, aunque procuro no caer en la chabacanería. Algunas veces saldrán bien estos artículos, otros mal. Atiendo al fondo más que a la forma. Y esto lo digo para salir al paso a esos señoritos vagos que se pasan la vida delante de una taza de café o de cerveza, hablando de todo sin entender de nada y criticando y censurando todo. A estos señoritos les molestará mi lenguaje y mucho más lo mucho que pienso decir contra ellos y, claro, me atacarán diciendo por lo menos que soy un patán.

Bueno, un patán, lo que queráis, pero un patán que os advierte una cosa. La magdalena no está para tafetanes y los labradores os decimos que no queremos vicios, que queremos que la gente trabaje, como trabajamos nosotros, que no queremos pagar vuestros vicios, que si nos levantamos con el sol y luchamos con la tierra para arrancarla el pan no es para que lo tireis vosotros, no es para que esteis envenenando la sociedad con vuestros vicios, con tantos vicios como van acabando con la raza.

Los labradores se unirán con todas las clases trabajadoras para acabar con el señorito y acabando con el señorito desaparecerán muchas cosas que estorban: desde vuestros bailes inmorales con nombre inglés, hasta los lujos y necesidades superfluas que encarecen la vida.

Queremos que se acaben los toreros, las tabernas, las casas de juego, los oficios y profesionales estériles, que se recargue el lujo, que tributen más las modas, que se acaben los banqueros porque haya Sindicatos, que se acaben muchas industrias progresivas por atentatorias al progreso. Estos hombres dedicados a estos oficios y profesiones pueden ser útiles a la sociedad, porque hoy son sus verdaderos enemigos, son los que la recargan de necesidades ficticias y la degeneran con el ocio que la proporcionan.

No me cansaré de repetirlo. Tenemos que volver al campo, vivir más con el contacto con la Naturaleza que es nuestra madre y la maestra de la vida.

¡Qué hermoso todo en el campo! ¡Cuánta verdad, cuánta enseñanza encierra! Seríamos los hom-

bres mejores si estuviésemos más en el campo que en la ciudad.

Conservemos de la ciudad lo bueno, los progresos que hay en ella para hacer menos áspera la vida campestre, pero ¡por Dios! desechemos lo inútil, lo falso, lo que nos va matando poco a poco.

JUAN LABRADOR

La ciudad jardín.

¡Madrileños! Sin más precedentes en España que la Sociedad cívica del mismo nombre, establecida en Barcelona, queremos, respondiendo a su iniciativa, crear en Madrid una entidad semejante para procurar que en lo sucesivo sea la capital de España más cómoda, más higiénica, más bella y que constituya un poderoso instrumento de progreso económico y social en la vida de la nación.

Deseamos intervenir, creando ambiente y opinión, con estudios y trabajos de propaganda, acudiendo a las autoridades y Poderes públicos, aconsejando y estimulando las iniciativas corporativas y particulares, en cuanto se refieran a urbanizaciones totales o parciales, planes de ensanche o reforma interior, apertura de nuevas plazas y calles, establecimientos de nuevos parques y jardines y defensa de los existentes, edificación de viviendas salubres, alegres, económicas y gratas; campos de juego para estos niños madrileños que no tienen en donde expandirse ni mejorar su condición física; en general, pretendemos que nada de lo que al aspecto de la corte, en su relación con el organismo funcional que supone una gran ciudad, nos sea indiferente.

Para que nuestra labor sea profunda, amplia, intensa y fructífera, y llegue a tener eficaz y positiva influencia en la legislación y en los planes que rijan el porvenir y mejoren el presente, necesitamos que nuestro entusiasmo y sanos deseos encuentren el apoyo de los hombres de buena voluntad.

Vizconde de Eza, Vicente Lámperez, Carlos María Cortezo, Adolfo A. Buylla, Amós Salvador Carreras, Hilario Crespo, Pedro Sangro, Constancio Bernaldo de Quirós, Andrés Avelino Armentera, Facundo Dorado, Julio Puyol, Alvaro López Núñez, Justo Sarabia y de Hazas, Manuel Góngora Echenique, Carmen de Burgos, Alberto de Segovia, Eugenio Lostau, José Casais Santaló y Luis Mares.

Las adhesiones pueden enviarse al Presidente de la Comisión, D. Adolfo A. Buylla, al Instituto de Reformas Sociales, Pontejos, 1; al Vocal Sr. Sarabia y de Hazas, Serrano, 16; al Secretario Sr. Góngora Echenique (Don Manuel), San Bernardo, 85.